

peciese, empezó á discurrir por la ribera, alentando á los que le seguian, y pidiéndoles que no destruyesen con desmayar antes de tiempo su última esperanza, para la que se guardaba confiado en un antiguo agüero. Porque siendo todavía muy muchacho, y jugando por el campo, recibió en su manto el nido de una águila arrojado por el viento, en el cual habia siete polluelos. Viéndolo sus padres, y teniéndolo á maravilla, consultaron á los agoreros, y estos respondieron que vendria á ser el mas ilustre entre los hombres, y no podria menos de ejercer siete veces el principal mando y magistratura. Unos dicen que efectivamente le sucedió esto á Mario; pero otros sostienen que los que se lo oyeron en aquella fuga, y le dieron crédito, escribieron una narracion del todo fabulosa, porque el águila no pone mas de dos huevos: por tanto que tambien se engañó Museo en decir de esta ave:

Pone tres, saca dos, y el uno cria.

Mas todos convienen en que en la fuga y en todos sus grandes conflictos se le oyó decir muchas veces á Mario que habia de llegar al sétimo consulado.

Estando ya como á unos veinte estadios de Minturnas, ciudad de la Italia, ven una partida de caballería que se dirigia hácia ellos, y casualmente dos barcos que pasaban. Dan pues á correr hácia el mar, segun á cada uno le ayudaban sus pies y sus fuerzas; haciendo cuanto pueden, se acercan á las naves, de las cuales toma una Granio, y pasa á la isla que estaba en frente llamada Enaria. A Mario, pesado de cuerpo y difícil de manejar, llevaban dos esclavos, no sin gran dificultad y trabajo, y al llegar hasta el mar, y le pusieron en la otra nave, á tiempo que ya los soldados estaban encima, é intimaban desde tierra á los marineros que atracasen ó les entregasen á Mario, yendo adonde bien visto les fuese. Rogábales Mario con lágrimas; y los dueños de la nave, como sucede en tal estrecho, tenian mil varios pensamientos sobre lo que harian: por fin respondieron que no entregarían á Mario. Enfurecidos aquellos se marcharon, y ellos, mudando otra vez de parecer, se encaminaron á tierra;

y junto á la embocadura del rio Liris, donde forma una ensenada pantanosa, allí echaron áncoras, proponiéndole que bajase á tierra á tomar alimento, y reparar las fuerzas que tenia decaidas hasta que hubiese viento: que le habia á la hora acostumbrada, calmándose el mar, y soplando de la laguna una brisa suave, la que era suficiente. Persuadido Mario se prestó á ejecutarlo, y sacándole los marineros á tierra reclinado sobre la yerba, estaba bien distante de lo que le iba á suceder; porque vueltos aquellos á la nave, y levantando áncoras huyeron, creyendo que ni era cosa honesta el entregar á Mario, ni segura el salvarle. Falto así de todo auxilio humano permaneció largo tiempo inmoble tendido en la ribera; mas al fin recobrándose con suma dificultad, empezó en medio de su afliccion á dar algunos pasos sin camino, y pasando por pantanos profundos y por zanjas llenas de agua y cieno, arribó á la cabaña de un anciano encargado de la laguna. Arrojóse á sus pies, y le rogaba que se hiciese el protector y salvador de un hombre, que si evitaba la calamidad presente, podria recompensarle mas allá de sus esperanzas. El anciano, ó porque ya le conociese, ó porque á su vista concibiese idea de que era un hombre extraordinario, le dijo que para tomar reposo podria bastar su chocilla; pero que si andaba errante por huir de algunos, él le ocultaria en lugar en que pudiese estar con la mayor tranquilidad. Rogóle Mario que así lo hiciera, y llevándole á la laguna, mandóle que se tendiese en una profundidad próxima al rio, y le echó encima muchas cañas y ramaje de las demas plantas, todo ligero, y puesto de manera que no pudiera ofenderle.

No se habia pasado largo rato cuando siente ruido y alboroto que venia de la choza; y era que Geminio habia enviado mucha gente en su persecucion, de la cual algunos habian llegado allí por casualidad, y atemorizaban y reñian al anciano, haciéndole cargo de haber amparado y haber ocultado á un enemigo de los Romanos. Levantándose pues Mario, y desnudándose se metió en la laguna que no tenia mas que agua sucia y cenagosa: así no pudo ocultarse á los que le buscaban, sino que le sacaron desnudo y cubierto de cieno

como estaba, y llevándole á Minturnas, le entregaron á los magistrados; porque se habia pregonado por toda la ciudad un edicto acerca de Mario, en que se prevenia que públicamente se le persiguiese y matase. Creyeron con todo los magistrados que debian tomarse algun tiempo para deliberar, y depositaron á Mario en casa de una mujer llamada Fanía, que parecia no estar bien con él por causa anterior. Estaba casada Fanía con Tinio, y separada de él pedia su dote, que era cuantiosa: acusábala este de adulterio, y fue juez en esta causa Mario en su sexto consulado. Celebrando el juicio se halló que Fanía era de mala conducta; pero que el marido se casó con ella sabiéndolo, y habian vivido mucho tiempo juntos; por lo que Mario miró mal á ambos, y al marido le mandó que volviese la dote, y á ella para afrenta la condenó en la multa de cuatro ases. Pues con todo Fanía no se portó como mujer á quien se hubiese hecho una injusticia, sino que luego que vió á Mario, muy distante de hacerle el menor mal, no miró sino á su situacion, y le dió ánimo. Celebróla Mario, y díjole que estaba confiado, porque habia visto una buena señal, que era la siguiente. Cuando le llevaban á casa de Fanía, al estar junto á ella, abiertas las puertas, salió de adentro un borrico corriendo para ir á beber de una fuente que estaba inmediata: miró á Mario blanda y suavemente, paróse un poco delante de él, dió un gran rebuzno, y retozó á su lado con cierto engreimiento. Reuniendo estos hechos decia Mario que el prodigio indicaba haberle de venir la salud, mas bien del mar que de la tierra, pues que el borrico, no haciendo cuenta de la comida que tenia en el pesebre, la habia dejado, y se habia ido á buscar el agua. Dicho esto se fué á recojer solo, dando orden de que le cerraran la puerta del cuarto.

Reunidos á deliberar los magistrados y prohombres minturneses, resolvieron que sin mas detencion se le diera muerte, y de los ciudadanos ninguno quiso encargarse de la ejecucion; pero un soldado de á caballo, Galo ó Cimbro, pues se ha dicho uno y otro, tomando una espada marchó en su busca. La parte del cuarto en que dormia Mario no tenia muy clara luz, sino que mas bien estaba casi del todo os-

cura, y se dice haberle parecido al soldado que los ojos de Mario arrojaban mucha lumbre, y que de la oscuridad habia salido una gran voz que decia: ¿Y tú hombre, te atreves á dar muerte á Cayo Mario? por lo que habia salido huyendo, y arrojando la espada, se marchó de la casa, sin que se le oyese otra cosa sino: Yo no puedo matar á Mario. Cayó sobre todos grande admiracion, y á poco compasion y arrepentimiento del parecer que habian adoptado, reprendiéndose á sí mismos de una determinacion injusta é ingrata al mismo tiempo con un hombre que habia salvado la Italia, respecto del que aun era cosa abominable no darle favor. Huya pues adonde le convenga para cumplir en otra parte su hado; y roguemos nosotros á los Dioses no nos castiguen de echar de nuestra ciudad á Mario pobre y desnudo. Discurriendo de este modo encaminanse en tropel adonde estaba, rodeándole todos, y toman por su cuenta conducirle hasta el mar; pero mientras uno le regala una cosa y otro otra, afanándose todos por él, se da ocasion á haber de perderse tiempo; porque el bosque llamado Marico, al que tienen en veneracion, guardándole con cuidado, sin extraer jamas de él nada que se hubiese introducido, era un estorbo para el camino del mar, siendo preciso hacer un rodeo; hasta que un anciano exclamó que no habia camino ninguno inaccesible ó intransitable cuando se pensaba en salvar á Mario; y siendo el primero á tomar alguna cosa de las que habian de llevarse á la nave, marchó por el bosque.

Ademas de haberle socorrido con tanta largueza, un tal Belco le proveyó de barco, describiendo en una tabla la serie de estos sucesos, la colocó en el templo; desde donde montando Mario en la nave, dió vela con próspero viento. Casualmente aportó á la isla Enaria, donde encontró á Granio y los demas amigos, y con ellos navegó para el Africa. Faltóles la aguada, y les fue preciso tocar en la Sicilia cerca de Ericina, y hallándose por casualidad guarneciendo aquellos puntos un cuestor romano, estuvo en muy poco el que diese muerte á Mario al saltar en tierra: la dió sin embargo á unos diez y seis de los que salieron á tomar agua. Zarpando de allí Mario á toda priesa, y atravesando el mar por

la isla Meninge, allí fue donde primero tuvo noticia de que el hijo se había salvado con Cetego, y se había dirigido á Yamsal, Rey de los Numidas, en demanda de socorro. Respirando con estas nuevas, se alentó para pasar de la isla á Cartago. Mandaba á la sazón las armas en el Africa Sextilio, varon romano, que no había recibido de Mario ni injuria ni beneficio; pero de quien este esperaba algun favor por pura compasion. Mas apenas había bajado á tierra con unos cuantos, le salió al encuentro un licitor, y parándosele delante le dijo de este modo: Te intima, ó Mario, el pretor Sextilio que no pongas el pie en el Africa, y que de lo contrario sostendrá los decretos del Senado, tratándote como enemigo de los Romanos. Al oirlo Mario se quedó de afliccion y congoja sin palabras, y estuvo largo rato inmóble, mirando con indignacion al licitor. Preguntóle este, ¿qué decia, y qué contestaba al general? entonces dando un profundo suspiro: Dice, le respondió, que has visto á Mario fugitivo sentado sobre las ruinas de Cartago: poniendo con razon en paralelo la suerte de esta ciudad y la mudanza de su fortuna para que sirvieran de ejemplo. En tanto Yamsal, Rey de los Numidas, estando en sus resoluciones á dos haces, trató con consideracion al jóven Mario; pero queriendo marchar, le detenía siempre con algun pretexto; y desde luego podía discurrirse que lo había un buen fin para esta detencion. Con todo por uno de aquellos sucesos que no son raros, pudo salvarse: porque siendo este mozo de muy recomendable figura, una de las amigas del Rey sentía mucho verle padecer sin motivo: y esta compasion era un principio y pretexto de amor. Mario en los primeros momentos la desairó; pero cuando ya vió que su suerte no tenía otra salida, y que aquella mujer obraba mas de veras que lo que correspondía á un mal deseo pasajero, condescendió con su buena voluntad, y facilitándole ella la evasion, y huyendo con sus amigos, se encaminó al punto donde su padre se hallaba. Luego que recíprocamente se saludaron, caminando por la orilla del mar, se ofrecieron á su vista unos escorpiones que entre sí peleaban, lo que á Mario pareció mala señal: subiendo pues en un barco de pescador hicieron viaje á Cer-

cina, isla que no dista mucho del continente; habiendo sido tan poco lo que se adelantaron, que cuando daban la vela vieron venir soldados de á caballo de los del Rey, corriendo al mismo sitio donde se embarcaron; por lo que le pareció á Mario haberse librado de un peligro que en nada era inferior á los otros.

Decíase en Roma que Sila hacia la guerra en la Beocia á los generales de Mitridates; mas en tanto, desavenidos los cónsules, corrian á las armas, y librándose batalla, Octavio, que quedó vencedor, desterró á Cina, que quería ejercer un imperio tiránico, nombrando cónsul en su lugar á Cornelio Merula; pero Cina, reuniendo tropas del resto de la Italia, se declaraba en guerra contra ellos. Llegando Mario á entender estas cosas, parecióle que debía embarcarse cuanto antes; y tomando algunos hombres de á caballo de los moros de Africa, y algunos otros de los que se habían pasado de la Italia, que entre unos y otros no excedían de mil, con ellos se hizo al mar. Arribó á Telamon de Etruria, y saltando en tierra, ofreció por público pregon la libertad á los esclavos; y como de los labradores y pastores libres de la comarca acudiesen muchos al puerto, traídos de su fama, ganando á los que vió mas esforzados, en pocos dias unió una considerable fuerza de tierra, y tripuló cuarenta galeas. Como supiese que Octavio era hombre recto, que no quería mandar sino de un modo justo, y que por el contrario Cina, además de ser sospechoso á Sila, se había declarado contra el gobierno existente, determinó unirse á este con todas sus fuerzas: envióle pues á decir que reconociéndole por cónsul haría cuanto le ordenase. Admitió el partido Cina, y le nombró procónsul, remitiéndole las fascas y todas las demas insignias del mando; pero respondió que no decía bien el adorno con su presente fortuna: así es que desde el día de su destierro en la edad ya de mas de setenta años no traía sino ropas desaliñadas, con el cabello crecido, andando siempre muy despacio para excitar compasion; pero con este aparato miserable iba siempre mezclado el ceño natural de su terrible semblante; y la clase de su abatimiento descubria bien que su soberbia no se había humilla-

do, sino mas bien irritado con las mudanzas de su suerte.

Despues que saludó á Cina, y se presentó á los soldados, puso al punto manos á la obra, y causó una gran mudanza en el estado de las cosas : porque en primer lugar, interceptando con las naves los víveres, y robando á los comerciantes, se hizo dueño de la provision; luego recorriendo las ciudades de la costa, las hizo rebelarse; y finalmente, tomando por traicion á Ostia, saqueó las casas, y dió muerte á gran número de los habitantes; y ademas echando un puente sobre el rio, enteramente cortó á los enemigos la posibilidad de proveerse por mar. Moviendo despues con el ejército, marchó contra Roma, y tomó el monte llamado Yanículo : contribuyendo mucho Octavio al mal éxito de los negocios, no tanto por impericia como por su nimia escrupulosidad acerca de lo justo, la que con daño público le impedia valerse de los recursos provechosos ; así es que proponiéndole muchos llamara á la libertad á los esclavos, respondió, que no concederia á los esclavos la ciudad, quien expelia de ella á Mario para sostener las leyes. Vino á esta sazón á Roma Metelo, hijo del otro Metelo que mandó en Africa, y que fue desterrado por Mario, y como fuese tenido por mejor general que Octavio, abandonando á este los soldados, corrieron á aquel pidiéndole que tomase el mando y salvase la patria, porque combatiría denodadamente, y sin duda vencerian con un general experto y activo ; pero recibíendolos mal Metelo, y mandándolos que volviesen al cónsul, se pasaron á los enemigos ; y al cabo se marchó el mismo Metelo, dando por perfidia la ciudad. En el ánimo de Octavio influyeron unos Caldeos y algunos agoreros y sibilistas (1) para que permaneciese en Roma, porque todo saldria bien. Era Octavio por lo demas acaso el hombre de mejor modo de pensar entre los Romanos, y el que mas conservaba fuera de adulacion la magestad consular conforme á las costumbres y leyes patrias, como si estas fueran otras tantas fórmulas inalterables ; pero sujeto á esta miseria, por la que mas tiempo gastaba con embaidores y adivinos que con los

(1) Intérpretes de los oráculos de las Sibilas, de los que cada uno deducia lo que le venia mas á cuento.

que le pudieran dirigir en el gobierno y en la guerra. Este pues antes que entrase Mario, fue arrancado de la tribuna, y muerto por un piquete que le precedió ; y se dice que á su muerte se le halló en el seno una nómina caldea : siendo cosa extraña que de estos dos hombres ilustres, á Mario le diese poder el no despreciar los agüeros, y á Octavio le perdiese.

Hallándose las cosas en esta situacion, juntóse el Senado, y envió mensajeros á Cina y Mario, pidiéndoles que entrasen en la ciudad y tuviesen consideracion con los ciudadanos. Cina como cónsul los oyó sentado en la silla curul y les dió muy humana respuesta ; pero Mario estaba separado de la silla sin responder palabra ; mas se echaba claramente de ver en el ceño de su semblante y en la fiereza de su vista que iba bien presto á llenar la ciudad de carnicería y de muertes. Cuando ya se resolvieron á marchar, Cina entraba acompañado de su guardia ; pero Mario quedándose á la puerta decia como por ironia lleno de coraje, que él era un desterrado arrojado de la patria conforme á una ley ; y que si ahora hallándose presente hubiera quien hiciese proposicion, con otro decreto se desataria el que le desterraba ; como si él fuese hombre á quien hicieran fuerza las leyes, y como si entrase en una ciudad libre. Convocaba pues al pueblo á la plaza, y antes que tres ó cuatro curias hubiesen dado sus sufragios, dejando aquella simulacion y aquellas buenas palabras de desterrado, comenzó á marchar acompañado de una guardia compuesta de los que habia escogido entre los esclavos que se le presentaron, á los que daba el nombre de *Bardeos*. Estos á su orden, unas veces comunicada en voz y otras por señas, daban muerte á muchos ; llegando la cosa á punto que á Ancario, varon consular y gefe de la milicia, porque habiéndose encontrado con Mario, y saludándole, este no le volvió el saludo, le quitaron la vida á su vista pasándole con las espadas ; y ya desde entonces cuando saludando algunos á Mario no los nombraba este, ó no les correspondia, aquello era señal de acabar con ellos en la misma calle : de manera que aun sus mismos amigos estaban en la mayor agonía y susto cuando se acercaban á saludar á Mario. Siendo ya muchos los que habian perecido,

Cina se mostraba cansado y fastidiado con tanta muerte; pero Mario, renovándose en él cada día la ira y la sed de sangre, no dejaba vivir á ninguno de cuantos se le hacian sospechosos: así todas las calles y toda la ciudad estaban llenas de perseguidores y de cazadores de todos los que huían ó se ocultaban, y era tenida por crimen la fe de la hospitalidad y de la amistad, sin que ya ofreciese seguridad alguna, porque eran muy pocos los que no hicieron traición á los que á ellos se habian acogido. Por tanto deben ser tenidos en mucho y mirados con admiracion los criados de Cornuto, que ocultando á su amo en casa suspendieron por el cuello á uno de tantos muertos; y poniéndole un anillo en el dedo, lo mostraron á los de la guardia de Mario; y despues envolviéndole como si fuera aquel, le dieron sepultura. Nadie llegó á entenderlo; y habiéndose salvado Cornuto por este medio, por los mismos criados fue secretamente llevado á la Galia.

Cúpole tambien la suerte de un amigo honrado á Marco Antonio el orador, y sin embargo fue desgraciado, porque siendo aquel un hombre pobre y plebeyo, que hospedaba en su casa al primero de los Romanos, quiso portarse como el caso lo exigia, y envió á un esclavo para traer vino á casa de uno de los taberneros que vivian cerca. El esclavo lo tomó con cuidado, y dijo que le diera de lo mejor; con lo que le preguntó el tabernero, qué novedad habia para no tomarlo de lo nuevo y comun como acostumbraba, sino de lo mejor y de mas precio; y respondiéndole aquel con sencillez, como á un hombre conocido y familiar, que su amo tenia á comer á Marco Antonio al que ocultaba en su casa, el tabernero que era hombre cruel y malvado, no bien habia salido el esclavo, cuando marchó á casa de Mario que ya estaba comiendo, é introducido a donde se hallaba, le ofreció poner en sus manos á Antonio; oido lo cual por Mario, se dice que lo celebró mucho, dando palmadas de gozo, y que estuvo en muy poco el que por sí mismo no se trasladase á la casa; sino que conteniéndole los amigos, envió á Anio con algunos soldados, dándole órden de que sin delacion le trajese la cabeza de Antonio. Llegados á la casa,

Anio se quedó á la puerta, y los soldados, tomando la escalera, subieron al cuarto, y á la vista de Antonio, ninguno queria ejecutar el mal hecho, sino que unos á otros se incitaban y movian á él; y debia de ser tal el encanto y gracia de las palabras de este hombre insigne, que habiendo empezado á hablarles, rogándoles no le matasen, ninguno se atrevió á acercarse á él, ni aun á mirarle, sino que bajando los ojos, se echaron á llorar. Vista la tardanza, subió Anio, y hallando que Antonio estaba perorando y los soldados asombrados y compadecidos, reprendiendo á estos, se aproximó él mismo y le cortó la cabeza. Lutacio Cátulo, colega de Mario, y que triunfó con él de los Cimbros, cuando supo que este á los que intercedieron y rogaron por él no les respondió otra cosa, sino es preciso que muera, se cerró en su cuarto, y encendiendo mucho carbon, murió sofocado. Arrojadados los cadáveres sin cabeza y pitados por las calles, ya no era compasion la que excitaban, sino susto y terror en todos con semejante vista; pero lo que sobre todo indignó al pueblo, fue la brutalidad de los llamados Bardeos. Porque despues de dar muerte en sus casas á los amos, se burlaban de los hijos y violentaban á las mujeres, sin que hubiera quien los contuviese en los robos y matanzas, hasta que viniendo á mejor acuerdo Cina y Sertorio, los sorprendieron durmiendo en el campamento, y á todos los pasaron por las armas.

En esto, como en una alteracion de vientos, llegaron por todas partes noticias de que Sila, habiendo dado fin á la guerra de Mitridates y tomado las provincias, se habia embarcado con muchas fuerzas; y esto produjo ya una breve intermision y corta pausa de tan indecibles males, por creer que la guerra venia sobre ellos. Fue pues nombrado Mario sétima vez cónsul, y tomando posesion en las mismas calendas de enero, en que principia el año, hizo precipitar á un tal Sexto Licinio, lo que pareció á todos presagio de nuevos males. Pero Mario, desalentado ya con los trabajos, y agotadas en cierta manera con tantos cuidados las fuerzas de su espíritu, al que acobardaba la experiencia de los infortunios pasados, no pudo sufrir la idea de una nueva guerra y nue-

vos combates y temores : porque reflexionaba que la contienda no habia de ser con Octavio ó con Merula, que solo mandaron á una gente colecticia, y á una muchedumbre sediciosa, sino que el que ahora le amenazaba era aquel mismo Sila que ya antes lo habia arrojado de la patria, y en aquel punto acababa de confinar en el Ponto Euxino á Mitridates. Quebrantado con estos pensamientos, y teniendo fija la vista en su larga peregrinacion, en sus destierros y en tantos peligros como habia corrido por mar y por tierra, le fatigaban crueles dudas, terrores nocturnos y sueños inquietos, pareciéndole oír siempre una voz que le decia :

Terrible del leon es la guarida  
Aun para quien la ve cuando está ausente.

No pudiendo sobre todo llevar la falta de sueño, se entregó á francachelas y embriagueces muy fuera de sazón y de su edad, procurando por medios extraños conciliar el sueño con refugio de los cuidados. Finalmente, habiendo llegado noticias recientes del mar, y sobreviniéndole con ellas nuevos cuidados, parte de miedo de lo futuro, y parte por el peso y cúmulo de los cuidados presentes, con muy ligero motivo que se agregase, contrajo una pleuresia segun refiere el filósofo Posidonio ; quien dice que él mismo entró á verle cuando ya estaba enfermo y que le habló sobre los objetos de su embajada. Pero el historiador Cayo Pison refiere, que paseándose Mario con sus amigos despues de comer, movió la conversacion de sus sucesos, tomándola de lejos, y despues de haber referido las muchas mudanzas de su suerte, habia concluido con que no era de hombre de juicio el volver otra vez á ponerse en manos de la fortuna ; y que en seguida, saludando á los que allí se hallaban, se habia puesto en cama, y manteniéndose en ella siete dias seguidos, habia muerto. Algunos dicen que en la enfermedad se manifestó del todo su ambicion, por el delirio extraño que tuvo. Figúrasele que se hallaba de general en la guerra de Mitridates, y tomaba todas las posturas y movimientos del cuerpo que son de costumbre en los combates, dando los mismos gritos y las mismas exhortaciones á los soldados : ¡ tan fuerte

y fijo era en él el amor á este ejercicio, por la emulacion y por el deseo de mandar ! Por esta causa con haber vivido setenta años y haber sido el primero de todos que fue siete veces nombrado cónsul, poseyendo casa y hacienda bastante para muchos Reyes, aun se lamentaba de su fortuna, como que moria antes de sazón sin haber satisfecho sus deseos.

Platon estando ya próximo á morir se muestra agradecido á su buen genio y á la fortuna de haberle hecho hombre y además Griego y no Bárbaro ni animal por naturaleza privado de razon ; y finalmente de haber concurrido su nacimiento con el tiempo de Sócrates. Dicese igualmente que Antipatro de Tarso estando asimismo para morir, hizo la enumeracion de los buenos sucesos que le habian cabido en suerte, y no dejó de poner en la cuenta el haber tenido una navegacion feliz desde su patria á Atenas, como hombre que reconocia á su buena fortuna todos los presentes que le habia hecho y que hasta el fin los conservaba en la memoria ; que es el mas seguro tesoro para el hombre. Al contrario á los desmemoriados y necios se les desvanecen los sucesos con el tiempo ; por lo que no guardando ni conservando nada, vacíos siempre de bienes y llenos de esperanzas tienen la vista en lo futuro, no haciendo caso de lo presente : y aquello puede arrebatárselo la fortuna, cuando esto es inamisible ; y con todo desechan esto en que nada puede la fortuna, soñando con lo que es incierto, estándole muy bien lo que luego les sucede : porque antes que puedan dar asiento y solidez á los bienes externos con el buen uso de la razon y de la doctrina, se dan á acumularlos y amontonarlos, sin poder llenar los insaciabiles senos de la ambicion. Falleció pues Mario á los diez y siete dias de su sétimo consulado ; y por lo pronto fue grande el gozo y la esperanza que ocupó á Roma, por haberse librado de una dura tiranía ; pero dentro de bien breves dias conocieron que no habian hecho mas que cambiar un dueño viejo, por otro jóven y en la flor de la edad : ¡ tanta fue la crueldad y aspereza de que dió pruebas su hijo Mario, haciendo asesinar á muchos de los mejores y mas distinguidos ciudadanos ! Túvosele por valiente y arriscado, por lo que al principio se le llamó hijo de Marte ; pero bien pron-